

Domingo XVI durante el año - Lc. 10, 38-42

Seguimos recorriendo el camino con Jesús y su grupo de amigos, tal como lo presenta el evangelista san Lucas estos domingos, participando de ese proceso de discipulado en el que aprender del Señor su modo de experimentar a Dios, de percibir su Reino y de entretejer vínculos desde la compasión y el servicio. Jesús, a diferencia de los rabinos de la época, camina: sale al encuentro, se expone a ser recibido o no, se acerca a lo que vive su pueblo, se deja interpelar como el domingo pasado por un maestro de la ley. Pero también se deja hospedar, como sucede hoy, por Marta, que le abre su casa, porque el camino también requiere de pausas que reconfortan y reorientan la marcha.



Sabemos que mientras Marta va y viene ocupándose de todo lo necesario para acoger con generosidad al visitante, su hermana María está sentada a los pies de Jesús, escuchándolo. Y que Marta se enoja con Jesús por la actitud de su hermana, porque ¿cómo puede ser que Jesús no se dé cuenta de que ella está tan atareada y que su hermana no la está ayudando? ¿Cómo puede ser que este maestro predicador del amor hecho servicio no haga nada para que su hermana reaccione y colabore? Sin embargo Jesús, lejos de entrar en su planteo, le refleja que el modo agitado y afanoso en el que está haciendo lo que hace no le permite percibir lo importante, y que se está perdiendo lo mejor, lo duradero, lo que María eligió.

¿Qué buena noticia encierra hoy para nosotros este encuentro en casa de Marta y María?
Dice la canción

*Cuánta poesía tiene la vida que no se ve,
Cuánto milagro, pan cotidiano que no se ve; vaya a saber cómo se mira que no se ve...
Vamos buscando tan apurados quién sabe qué...*

Quizá, este encuentro del evangelio es una invitación a cultivar un modo de mirar y escuchar la realidad que nos permita no adelantar respuestas, acciones, soluciones, sin contar con quienes tenemos delante. Quizá Marta pensó que Jesús esperaba de ella todo ese afán por recibirlo, y olvidó disfrutar de su presencia. Cuántas veces nuestros enojos provienen de habernos afanado en hacer cosas que los demás no necesitaban, simplemente porque no escuchamos primero. Y el enojo nos lleva a juzgar lo desagradecidos que son los demás por no recibir lo que quisimos darles. Quizá María es la expresión de quien sabe acercarse, no como quien llega a resolver y solucionar, sino desde abajo, a los pies de la realidad misma para escuchar allí la Palabra de Jesús, acoger su Misterio, y colaborar junto con otras y otros en ese tejido artesanal que es el nosotros. “La cosecha es abundante” leíamos unos domingos atrás, pero faltan cosechadores, personas capaces de percibir que el Reino ya está allí, pujando por nacer aún en medio de las situaciones más difíciles.

Dejando de lado la tentación de planteos dualistas, - si ser Marta o ser María, si contemplación o acción, si espiritualidad o servicio,- podemos plantearnos el cómo y el desde dónde vivimos, rezamos, servimos, trabajamos. Es necesario *hospedar* personal y comunitariamente nuestros esfuerzos y afanes, para discernir si parten de la escucha y la mirada a la realidad donde Dios ya está obrando y de la que somos humildes colaboradores y siempre aprendices, o de una postura que nos ubica como salvadores por encima de los demás, especialmente de los más vulnerables.

Que la participación en la mesa de la Comunidad, ensanche nuestra capacidad de estar a los pies de la realidad donde Jesús ya está presente para seguir colaborando juntas y juntos, desde abajo, desde dentro y desde cerca, en ese entretejido de fraternidad que es su Reino.

Carina Furlotti